

8213

B.

PQ 2168

A.67



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL TÍO GORIOT

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

All is true.

SHAKESPEARE.

La señora de Vauquer, que de soltera apellidábase de Conflans, es una anciana que desde hace cuarenta años tiene en París una casa de huéspedes situada en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, entre el Barrio Latino y el arrabal de Saint-Marcel. Dicha casa de huéspedes, conocida con el nombre de *Casa Vauquer*, admite indistintamente hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sin que nunca la maledicencia haya atacado las costumbres de ese respetable establecimiento. Verdad es que desde hace treinta años no se ha visto en él un joven alguna, y el solo hecho de resignarse á vivir en él un muchacho indica la escasa pensión con que atiende á sus gastos su familia. Sin embargo, en 1819, época en que comienza este drama, había en la tal casa de huéspedes una pobre joven. Á pesar del descrédito en que esta palabra de « drama » ha caído por la manera abusiva y torpe con que ha sido prodigada en estos tiempos de literatura inferior, es necesario emplearla en este relato : no porque resulte dramático en el sentido verdadero de la palabra, sino porque quizá, una vez terminado, haya vertido el lector

algunas lágrimas materiales y morales. ¿Será comprendida la presente historia fuera de París? Es dudoso. Las particularidades de esta escena saturada de observación y de color local sólo pueden ser apreciadas entre los cerrillos de Montmartre y los altos de Montrouge, en ese ilustre valle de paredones siempre á punto de desmoronarse, y de arroyos ennegrecidos por el lodo; valle cuajado de sufrimientos verdaderos, de alegrías á menudo aparentes, y tan terriblemente agitado que es preciso un acontecimiento exorbitante para determinar en él una sensación algo duradera. No obstante, obsérvase en él, de cuando en cuando, dolores que la aglomeración de los vicios y de las virtudes reviste de grandeza y de solemnidad : ante ellos se detienen, compasivos, los egoísmos y los intereses; pero esta impresión es como una fruta sabrosa pronto devorada. El carro de la civilización, semejante al ídolo de Jaggernat, apenas retrasado por un corazón menos fácil de despedazar que los demás y que detiene su rueda, pronto lo destroza y continúa su gloriosa carrera. Eso mismo haréis, lectora cuya blanca mano sostiene este libro, al arrellanaros en mu- llida butaca, pensando : « Acaso me divierta esto. » Después de haber leído el relato de las secretas desdichas del viejo Goriot, comeréis con apetito, achacando al autor vuestra insensibilidad, acusándole de ser exagerado, motejándolo de poeta. ¡Ah! sabedlo : este drama no es una ficción ni una novela. *All is true*, es tan verdadero, que cada uno puede hallar en si mismo, quizá en su propio corazón, los elementos que lo componen.

La señora de Vauquer es propietaria de la casa en

que explota su pequeña industria. Dicha casa está situada en la parte baja de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en el sitio en que el terreno se inclina hacia la calle de la Arbalète por una pendiente tan brusca y tan ruda, que rara vez se ve caballos subiéndola ó bajándola. Esta circunstancia favorece al silencio que reina en las calles apiñadas entre la iglesia del Val-de-Grâce y la del Panteón, dos monumentos que alteran las condiciones de la atmósfera cargándola de tonos amarillos, y obscureciéndolo todo con las tintas severas que proyectan sus cúpulas. En estos sitios, las aceras están secas, los arroyos no tienen lodo ni agua, crece la hierba en las paredes. El hombre más indiferente se entristece como todos los transeuntes; el ruido de un coche es un acontecimiento, las casas son tristes, las paredes huelen á muros de cárcel. Un parisiense, que por descuido ó por necesidad se aventurase en tales sitios, creería no ver más que casas de huéspedes y colegios, es decir, miseria y tedio, vejez que se aproxima á la tumba, alegre juventud obligada á trabajar. Ningún barrio de París es más horrible, ni, preciso es decirlo, más ignorado. Sobre todo la calle Neuve-Sainte-Geneviève es como un marco de bronce, único adecuado á este relato, al que conviene preparar el ánimo del lector con colores sombríos, con ideas graves, del mismo modo que, de peldaño en peldaño, disminuye la claridad y hácese más fúnebre el canto del guía cuando baja el viajero á las Catacumbas. ¡Exacta comparación! Entre un corazón seco y un cráneo vacío, ¿quién dirá cuál de ellos ofrece más horrible aspecto? Da la fachada de la casa de huéspedes á un jardi-

nillo, de manera que el edificio forma ángulo recto con la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en que se le ve en todo su fondo. Á lo largo de la fachada, entre la casa y el jardinillo, hay un empedrado, de cerea de dos metros de ancho, deprimido en el centro en toda su longitud, para el libre paso de las aguas; ante él se extiende una alamedilla enarenada, limitada en sus costados por geranios, laureles y granados plantados en grandes tiestos de loza vidriada azul y blanca. Éntrase en esa alameda por un puertecilla sobre la que un letrero dice: CASA VAUQUER, y más abajo: *Casa de huéspedes para los dos sexos y demás.* Durante el día, una puerta vidriera, armada de una campanilla chillona, deja ver en el fondo, sobre la pared opuesta á la calle, un arco pintado, imitando mármol verde, obra de un artista del barrio. En el saliente que simula esa pintura elevase una estatua representando al Amor. Al ver el barniz descascari-llado que lo cubre, los aficionados á símbolos descu-bridrían en ello acaso un mito del amor parisiense que curan cerca de allí. Bajo el zócalo, esta inscripción medio borrada recuerda la época á que se remonta este adorno por el entusiasmo que demuestra hacia Voltaire, que regresó á París en 1777:

*Qui que tu sois, voici ton maître :
Il l'est, le fut, ou le doit-être¹.*

Al obscurecer, la puerta-vidriera es sustituida por otra de madera. El jardinillo, tan ancho como larga

1. « Quien quiera que seas, este es tu amo : lo es, lo fué, ó lo será. »

es la fachada, halláse encajonado entre la pared de la calle y la de medianería de la casa vecina, de la que pende una capa de hiedra en toda su longitud, que la oculta por completo y atrae las miradas de los tran-seuntes por un efecto pintoresco en París. Cada una de aquellas paredes está tapizada de espalderas y de viñas cuyos frutos entecos y polvorientos constituyen un motivo de temores anuales para la señora de Vau-quer y de conversaciones entre ella y sus huéspedes. Á lo largo de cada muralla un estrecho camino con-duce á una especie de cenador rodeado de tilos¹, palabra que la señora de Vauquer, á pesar de su ape-llido de familia « de Conflans », con partícula y todo, pronuncia obstinadamente *tieuilles*, es decir, como una portera ramplona, sin que consigan corregirla las reiteradas observaciones gramaticales de sus huéspedes. Entre las dos alamedas laterales, y rodeado de árboles frutales, hay un pedazo de terreno sem-brado de alcachofas, y limitado por acederas, lechugas y perejil. Bajo el toldo natural formado por los tilos levántase una mesa redonda, pintada de verde y ro-deada de asientos. Allí, en los días caniculares, los huéspedes suficientemente ricos para permitirse to-mar café van á saborearlo aguantando un calor capaz de cocer huevos. La fachada, de tres pisos, más las buhardillas, es de cascote y está embadurnada de ese color amarillo que da un carácter innoble á casi todas las casas de París. Las cinco ventanas de cada piso tienen cristalitos y están provistas de celosías, nin-

1. En francés *tilleuls*.

guna de ellas alzada de la misma manera, de lo cual resulta una falta completa de simetría en sus líneas.

El fondo cuenta dos ventanas por piso, que, en la planta baja, ostentan como adorno un enrejado de hierro. Detrás del edificio hay un corral de unos veinte pies de ancho, en el que viven fraternalmente cerdos, gallinas y conejos; en el fondo álzase un cobertizo para la provisión de leña. Entre aquel cobertizo y la ventana de la cocina cuelga la « despensa », debajo de la cual vomita el vertedero las aguas sucias. Dando á la calle Neuve-Sainte-Genève, tiene el corral una puertecita por donde la cocinera tira la basura de la casa, cuidando de regar abundantemente aquella sentina para evitar en lo posible la pestilencia que exhala.

Naturalmente destinada al uso á que está afectada, la planta baja se compone de una primera pieza alumbrada por las dos ventanas de la calle, y á la que se llega por una puerta-ventana. Ese salón comunica con un comedor separado de la cocina por el hueco de una escalera cuyos peldaños son de madera y de baldosines dados de color y encerados. Nada que entristeza más que ese salón amueblado con butacas y sillas de tela de crin con rayas mates y brillantes, alternando. En medio, una mesa redonda con tablero de mármol de Sainte-Anne, adornado con ese servicio de café, de porcelana blanca con filetes de oro medio borrados que se ve hoy día en todas partes. Dicha pieza, cuyo piso deja mucho que desear, tiene sus paredes cubiertas con un zócalo de madera de metro y medio de alto, próximamente. Lo que queda de la pared adórnalo un papel barnizado representando las princi-

pales escenas del *Telémaco*, y cuyos clásicos personajes están iluminados. El testero de entre las dos ventanas enrejadas ofrece á los huéspedes el cuadro del festín dado al hijo de Ulises por Calipso. Desde hace cuarenta años, esa pintura excita las bromas de los jóvenes huéspedes que se creen superiores á su posición, burlándose de la comida á que los condena su miseria. La chimenea de piedra, cuyo hogar siempre limpio atestigua que no se enciende allí lumbre más que en las ocasiones sonadas, está adornada con dos jarrones llenos de flores artificiales, viejas y hacinadas, que acompañan á un reloj de mármol azulado del peor gusto. Esta primera pieza exhala un olor que carece de nombre en el idioma, y al que habría que llamar *olor de casa de huéspedes*. Huele á encerrado, á mohó, á rancio; da frío, resulta húmedo para el olfato, cala la ropa, ofrece el sabor particular de una sala en que se ha comido; trasciende á criados, á cocina y á hospital. Quizá pudiera describirse si se inventara un procedimiento para evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que despiden las atmósferas catarrales y *sui generis* de cada huésped, joven ó viejo. Pues bien, á pasar de tanta fealdad y de tanto descuido, si la comparáis con el comedor, del que sólo un tabique la separa, os parecería, el anterior salón, elegante y perfumado como debe serlo la habitación reservada de una mujer bonita. Esta sala, de paredes cubiertas de madera hasta el techo, fué pintada en otro tiempo de un color imposible de definir hoy día, formando un fondo sobre el cual la suciedad ha impreso capas de grasa que

resultan extrañas figuras. Contra las paredes, aparadores pegajosos sostienen botellas para el agua á las que faltan pedazos, empañadas; platillos de metal para descansar los vasos, columnas de platos de porcelana basta, fabricados en Tournai. En un ángulo, una caja con casillas numeradas para guardar las servilletas, manchadas de grasa ó de vino, de cada huésped. Vese allí algunos de esos muebles indestructibles, desterrados de todas partes, pero colocados en aquella sala como lo están los desechos de la civilización en los Incurables. Allí veríais un barómetro con un capuchino que sale cuando llueve, grabados execrables que quitan la gana de comer, todos en marcos de madera negra con filetes dorados; un reloj de pared de concha incrustado de cobre; una estufa verde, quinqués de Argand en los que el polvo se combina con el aceite, una larga mesa cubierta con un hule lo suficientemente grasiento para que un chusco externo escriba su nombre con un dedo á manera de estilete; sillas cojas, ruedas de esparto cuya vida parece inacabable; luego estufillas para los pies, miserables, con agujeros rotos, faltas de bisagras y cuya madera se carboniza. Para explicar cuán viejo es ese mobiliario, cuán resquebrajado, podrido, desvenecado, roído, manco, destartado, inválido, expirante, sería menester consagrarle descripción que retrasaría demasiado el interés de esta historia, y que no me perdonarían los lectores que tienen prisa por conocerla. El piso de ladrillos encarnados está lleno de valles producidos por el roce ó por las repetidas manos de pintura. En una palabra, en este sitio reina la miseria sin poesía, una miseria

económica, concentrada, raída. Si aún no tiene lodo, tiene manchas; si no tiene agujeros ni harapos, está á punto de acabar con ella la podredumbre.

Dicha pieza hállase en todo su esplendor en el momento en que, á eso de las siete de la mañana, el gato de la señora de Vauquer precede á su ama, salta sobre los aparadores, olfatea la leche que contienen varios tazones cubiertos con platos, y deja oír su *ronrón* matutino. Pronto aparece la viuda, con su gorro de tul, bajo el cual pende un moño de pelo postizo mal colocado; va arrastrando sus estropeadas zapatillas. Su cara ajada, regordeta, de cuyo centro sobresale una nariz de pico de loro; sus manos pequeñas y carnosas, su persona repleta como un canónigo, su corpiño demasiado lleno y nada firme, armonizanse con aquella sala que parece sudar desdichas, en la que se ha guarecido la especulación, y cuya atmósfera cálidamente fétida respira la señora de Vauquer sin sentir repugnancia alguna. Su cara, fresca como una primavera helada de otoño, sus ojos arrugados, cuya expresión pasa de la sonrisa impuesta á las bailarinas al adusto ceño del usurero; finalmente, toda su persona explica la casa de huéspedes, así como la casa de huéspedes explica su persona. El presidio requiere al cómitre; no imaginariais al uno sin el otro. La gordura descolorida de aquella mujer es el producto de la vida que hace, del mismo modo que el tifo es la consecuencia de los miasmas de un hospital. Su saya de lana de punto, que sobresale de la falda, restos de un antiguo vestido, y que deja escapar por jirones pedazos de

algodón en rama, resume el salón, el comedor, el jardínillo, anuncia la cocina y hace presentir á los huéspedes. Complétase el espectáculo con la presencia del ama de la casa.

Con sus cincuenta años, uno más, uno menos, parece la señora de Vauquer á todas las *mujeres que han sufrido desgracias*. Tiene la mirada apagada y el aspecto de inocencia de una tercera que se enerespa para cobrar á más alto precio sus servicios, pero que en realidad se halla dispuesta á todo para salir del apuro, y que sería capaz de vender nuevamente á Cristo, si Cristo fuera de estos tiempos. Sin embargo, *en el fondo es buena mujer*, según dicen los pupilos, porque la oyen gimotear y toser como ellos.

¿Qué había sido el señor Vauquer? La viuda no hablaba jamás del difunto, y si le preguntaban cómo y en qué había perdido su fortuna, respondía invariablemente: « Fué muy desgraciado en sus negocios. » Y añadía que se había portado mal con ella, dejándola tan sólo los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho de no compadecer á nadie; pues había sufrido cuanto en el mundo se puede sufrir.

Silvia, la gorda cocinera, al oír el chancleteo de su ama, se apresuró á servir el desayuno á los pupilos internos.

Generalmente, los huéspedes externos sólo se abonaban á la comida, la cual les costaba treinta francos mensuales. En la época en que comienza esta historia, eran siete los internos. Las dos mejores habitaciones de la casa estaban en el piso principal. La señora de

Vauquer ocupaba la más pequeña. En la otra vivía la señora de Couture, viuda de un comisario ordenador de la república francesa, juntamente con una joven llamada Victorina Taillefer, con la que hacía las veces de madre. El pupilaje de estas dos huéspedes ascendía á mil ochocientos francos. En las dos piezas del segundo habitaban un anciano llamado Poiret y un sujeto como de cuarenta años que usaba peluca negra, se teñía las patillas, se decía comerciante y se llamaba el señor Vautrin. Componíase el piso tercero de cuatro habitaciones, de las que dos estaban alquiladas, una por una solterona llamada la señorita Michonneau; la otra por un antiguo fabricante de fideos, de pastas de Italia y de almidón, quien se dejaba llamar tío Goriot. Las dos piezas restantes estaban destinadas á las aves de paso, á los miseros estudiantes que como el tío Goriot y la señorita Michonneau sólo podían gastar cuarenta y cinco francos mensuales en casa y comida; pero la señora de Vauquer era poco aficionada á semejantes huéspedes, y sólo cuando no encontraba algo de más fuste los admitía en su casa: comían demasiado pan. A la sazón, una de estas habitaciones pertenecía á un muchacho de los alrededores de Angulema, que se hallaba en París estudiando derecho, y cuya numerosa familia se imponía las más penosas privaciones para enviarle anualmente mil doscientos francos. Llamábase Eugenio de Rastignac, y era una de esas criaturas endurecidas en el trabajo por la miseria que, comprendiendo desde la edad más temprana las esperanzas que en ellos pone la familia, se preparan un porvenir calculando con anticipación el

alcance de esos estudios, y adaptándolas de antemano al modo de ser de la sociedad para sacarle todo el jugo posible. Sin su espíritu observador y la habilidad con que supo maniobrar en los salones de París, carecería este relato de los tonos de color tan verdadero que deberá á su espíritu sagaz y á su deseo de penetrar los misterios de una situación espantosa, ocultada con tanto esmero por los que la crearon como por el que era víctima de ella.

Completaban los pisos de la casa un desván para tender ropa y dos buhardillas en que dormían un criado que para todo utilizaban, llamado Cristóbal, y la cocinera, la maciza Silvia. Además de los siete pupilos internos, solía tener la de Vauquer, unos años con otros, estudiantes de derecho y de medicina, y dos ó tres parroquianos de la vecindad, todos los cuales sólo pagaban la comida. La sala, capaz para veinte personas, solía contener diez y ocho; pero por la mañana sólo la ocupaban siete huéspedes, cuya reunión ofrecía durante el almuerzo el aspecto de una comida de familia. Bajaban en zapatillas, permitiéndose críticas confidenciales acerca del traje y apariencia de los externos y sobre sucesos de la noche anterior, expresándose todos con la confianza de la intimidad. Estos siete huéspedes eran los niños mimados de la Vauquer, la cual calculaba, con precisión de astrónomo, los cuidados y consideraciones, ajustándolos al precio del pupilaje. Todos los reunidos allí por capricho del acaso estaban sujetos á la misma ley. Los dos huéspedes del segundo pagaban únicamente setenta y dos francos mensuales. Esta baratura, que sólo se encuentra en el

arrabal Saint-Marcel, entre la Bourbe y la Salpêtrière, y de la que sólo se exceptuaba la señora de Couture, era indicio de que los huéspedes hallábanse bajo el peso de desgracias más ó menos aparentes. Confirmábase la sospecha al ver cómo se reproducía en la ropa de aquella gente el desolado espectáculo que presentaba la casa. Los hombres usaban levitas de color indefinible, botas como las que se suelen encontrar tiradas en medio de la calle en los barrios elegantes, ropa interior muy usada y trajes reducidos á la última extremidad. Las mujeres llevaban vestidos pasados de moda, teñidos y desteñidos, encajes viejos y zurcidos, guantes sucios y despellejados por el uso, gargantillas siempre de un color rojizo y pañoletas medio hechas jirones. Pero si tales eran las ropas, los cuerpos, de vigorosos contornos, acusaban constituciones robustas que habían sabido resistir á las tempestades de la vida, y los rostros eran fríos, duros, borrosos como los de la moneda vieja. Las bocas, ajadas, estaban armadas de dientes ávidos. Todos aquellos pupilos hacían presentir dramas ya verificados ó en plena acción, pero no dramas representados á la luz de las candilejas, entre decoraciones teatrales, sino dramas vivos y mudos, dramas fríos que sacuden terriblemente un corazón y que no tienen fin.

Siempre resguardaba la solterona Michonneau su cansada vista con una sucia pantalla de tafetán verde rodeado de un hilo de alambre que hubiera llenado de pavor al ángel de la Misericordia. Su chal, de delgados y llorones flecos, parecía cubrir un esqueleto, tan angulosas eran las formas que ocultaba. ¿Qué ácido

habría despojado á aquella criatura de sus redondeces femeninas? ¿El vicio, el dolor, la avaricia? Quizá había sido hermosa y bien formada. ¿Había amado con exceso? ¿Había sido coqueta ó cortesana? ¿Expiaba los triunfos de una juventud insolente, ante la que se habían desbordado los placeres, por una vejez ante la que huían los transeúntes? Miraba de un modo apagado y descolorido que daba frío, y su desmirriada fisonomía parecía amenazar. Tenía la voz penetrante y chillona, semejante al chirrido de una chicharra que cantara oculta en un matorral á la proximidad del invierno. Decía haber estado cuidando á un señor anciano que padecía de un catarro de la vejiga, y al que sus hijos habían abandonado, creyéndolo sin recursos. Dicho anciano le había dejado mil francos de renta vitalicia, periódicamente disputados por los herederos, que no cesaban de calumniarla. Aunque el fuego de las pasiones había desfigurado su rostro, afeándolo, observábanse todavía vestigios de blancura y de suavidad en los tejidos, datos que permitían suponer en el cuerpo algunos restos de belleza.

El señor Poiret era una especie de máquina.

Al verle deslizarse como una sombra gris por una calle de árboles en el Jardín de Plantas, cubierta la cabeza con una viejísima gorra tan floja como un trapo, pudiendo apenas empuñar su bastón de puño de marfil amarilleado por su mano, dejando flotar los raídos faldones de su levita que ocultaba mal un calzón casi vacío, y piernas con medias azules que se tambaleaban como las de un hombre ebrio, enseñando su chaleco blanco sucio y su chorrera de basta muselina abar-

quillada que se unía imperfectamente con la corbata que á modo de cuerda rodeaba su cuello de pavo, muchas personas se preguntaban si aquella sombra chinesca pertenecía á la raza audaz de los hijos de Jafet que mariposean en el boulevard de los Italianos. ¿Qué género de trabajo le había apergaminado de aquella suerte? ¿Qué pasiones habían ennegrecido aquella faz bulbosa, que dibujada en caricatura hubiera parecido inverosímil? ¿Qué había sido aquel hombre? Tal vez empleado en aquellas oficinas del ministerio de justicia en que se reciben las cuentas de los ejecutores de los supremos fallos de la ley, las facturas de los suministros de negros velos para los parricidas, de aserrín para los cestos donde cae la cabeza del ajusticiado, y de bramante para el cuchillo de la guillotina. Quizá había sido cobrador en la puerta de un matadero ó subinspector de la policía de salubridad. En una palabra, parecía ser uno de los burros del gran molino social, una de esas pantallas que ni siquiera conocen al que están destinadas á ocultar, uno de esos ejes sobre el que habían girado los infortunios ó las suciedades públicas, uno de esos de los que no podemos dejar de decir cuando los vemos: «... Y sin embargo hace falta gente así.» El París mundano ignora la existencia de estas fisonomías descoloridas por los sufrimientos morales y físicos.

Pero París es un verdadero océano, tan profundo, que se puede echar en él la sonda sin llegar al fondo. Recorredle, describidle, por mucho cuidado que pongáis en describirle y recorrerle, por muchos y muy minuciosos que sean los exploradores de este mar,

siempre quedará un rincón virgen, un antro desconocido, flores, perlas, monstruos, algo inaudito en que no habrán reparado los buzos literarios. La casa Vauquer es una de esas interesantes monstruosidades.

Dos figuras había en ésta que contrastaban violentamente con la masa de los pupilos, internos y externos.

Aunque la blancura de la señorita Victorina Taillefer recordaba la de las muchachas atacadas de clorosis, y aunque esta señorita, por su constante tristeza, su aire cohibido y la delgadez y pobreza de su persona encajaba perfectamente en el fondo triste del cuadro general, sin embargo no estaba aviejado su rostro, y sus movimientos y su voz eran vivos. Aquella desgracia juvenil parecíase á un arbusto de hojas amarillentas, recientemente plantado en un terreno contrario á su naturaleza.

Su fisonomía rojiza, sus cabellos de un rubio leonado, y la excesiva delgadez y delicadeza de su cuerpo le comunicaban ese encanto especial que los poetas modernos descubren en las estatuitas de la Edad Media. Tenía los ojos garzos, casi negros, y en la mirada una expresión suave, de resignación cristiana. Revelábanse los contornos de su cuerpo juvenil bajo las telas baratas del sencillo vestido. Era bonita á pesar de la desgracia. De haber sido feliz, resultara deliciosa; la dicha es la poesía de las mujeres, así como sus atavíos son su afeite. Si las alegrías de un baile hubieran coloreado aquel rostro pálido, si las dulzuras de la vida elegante hubiesen animado aquellas mejillas en

las que iban señalándose los tempranos surcos, si el amor hubiera animado aquellos ojos tristes, Victorina habría podido ponerse á la par de las muchachas más hermosas. Faltábale lo que constituye la segunda vida de la mujer: los trapos y las cartitas amorosas. Con su historia hubiérase podido escribir un libro. Creía su padre tener razones para no reconocerla, no la quería á su lado, sólo le concedía una pensión de seiscientos francos anuales, y había desnaturalizado su fortuna para poder transmitirla íntegra á su hijo.

Parienta lejana de la madre de Victorina, que hacía tiempo había venido á morir de tristeza á su casa, la señora de Couture cuidaba de la huérfana como si hubiera sido hija suya. Mas por su desgracia, la viuda del comisario ordenador de los ejércitos de la República poseía por toda fortuna su viudedad y su pensión, y era de temer que muriera dejando sola en el mundo, sin experiencia ni recursos, á aquella pobre niña. La buena señora llevaba á Victorina á misa todos los domingos, y á confesar cada quince días, con objeto de hacer de ella, ya que no otra cosa, una creyente. Y tenía razón. El sentimiento religioso era el único porvenir de aquella niña abandonada, que todos los años iba á ver á su padre, á quien quería, llevándole el perdón de su madre moribunda, y que invariablemente hallaba cerrada la puerta de la casa paterna. Su hermano, único mediador, hacía cuatro años que no iba á verla y que no le enviaba el menor socorro. Pedía á Dios, la infeliz, que iluminase á su padre, que ablandase el corazón de su hermano, y rezaba por ellos sin censurarlos. La de Couture y la de Vauquer

no hallaban en el diccionario de las injurias palabras bastante duras para calificar tan bárbara conducta. Cuando maldecían al millonario infame, Victorina dejaba oír dulces palabras, semejantes al canto del palomo torcaz herido, cuyo quejido sigue siendo amoroso.

Eugenio de Rastignac era un joven de rostro meridional, de blanca tez, negros cabellos y ojos azules. Su apostura, modales y actos denunciaban al hijo de familia noble, cuya primera educación había sido, más que esmerada, elegante. Si cuidaba de su ropa, si en los días de semana acababa de usar los trajes del año anterior, sin embargo podía salir á veces vestido como un joven mundano. Solía llevar una levita vieja, un chaleco nada nuevo, la pobre corbata negra, ajada, mal puesta del estudiante, un pantalón que en nada desdecía del resto del traje, y botas ya compuestas.

Entre estos dos personajes y los demás, Vautrin, el hombre de cuarenta años, de patillas pintadas, servía de transición. Era lo que se llamó *un hombre*, de anchas espaldas, gran pecho, músculos bien marcados, manos duras, gruesas, y dedos en cuyas nudosas falanges crecían espesas matas de pelos rojizos. Su rostro, surcado por arrugas prematuras, ofrecía signos de dureza que desmentían sus modales flexibles y atractivos. Su voz de bajo profundo, en armonía con su ruda alegría, no desagradaba. Era servicial y bromista. Si se descomponía una cerradura, la desclavaba, limpiaba, limaba y ajustaba en un santiamén, diciendo: « De esto entiendo algo. » Verdad es que de todo entendía y sabía; de los barcos, del mar, de Francia, del extran-

jero, de negocios, de los hombres, de los sucesos, de las leyes, las fondas y las cárceles. Si alguno se lamentaba en su presencia de cualquier percance, ofrecíale en el acto sus servicios. Más de una vez había prestado dinero á la patrona y á los huéspedes; pero los favorecidos se hubieran muerto antes que dejar de pagárselo, porque á pesar de su aspecto bonachón, tenía una mirada tan resuelta y penetrante que á todos imponía respeto. Hasta en su manera de escupir denunciaba cierta sangre fría imperturbable que no le hacía retroceder ante un crimen para salir de una situación comprometida. Como la de un juez severo, su mirada parecía penetrar en el fondo de todas las cuestiones, de todas las conciencias, de todos los sentimientos. Sus costumbres consistían en salir después del almuerzo, volver á la hora de comer, marcharse una vez acabada la comida y recogerse á las doce de la noche, habiéndole dado la señora de Vauquer una ganzúa para abrir la puerta: favor sólo á Vautrin concedido. Disfrutaba de gran predicamento con la viuda, á la que enlazaba por la cintura con sus brazos, llamándola *mamá*, acción adulatora que los demás no comprendían. La patrona creíale fácil buenamente, mientras que en realidad sólo Vautrin tenía brazos bastante largos para rodear tan robusto talle. Uno de los rasgos del carácter de nuestro hombre era el de pagar generosamente quince francos mensuales por el ponche que tomaba después de comer. Gentes menos superficiales que aquellos despreocupados estudiantes envueltos en el torbellino parisién, ó que aquellos viejos, indiferentes á cuanto no les tocaba directamente, no hubieran vaci-